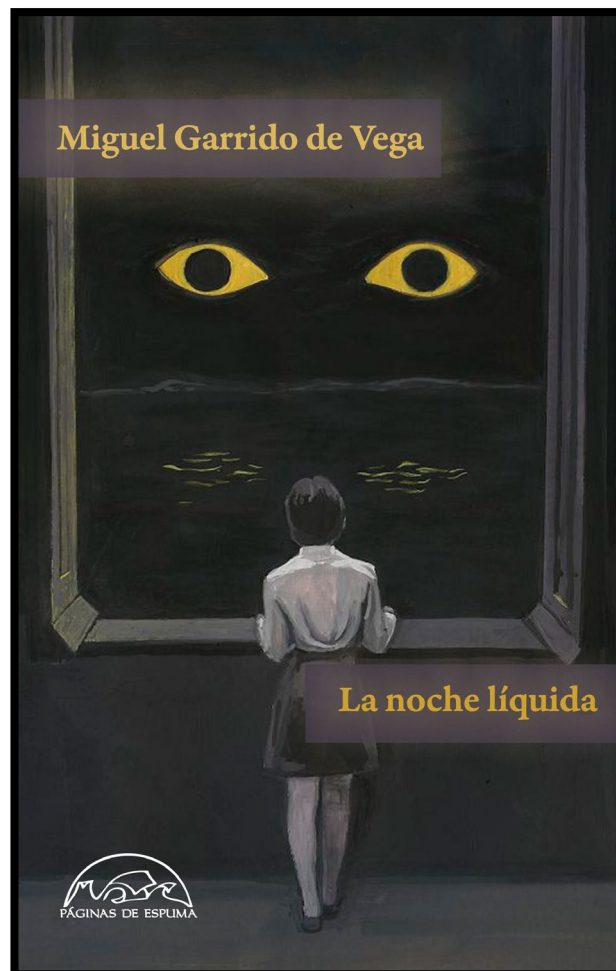


# Miguel Garrido de Vega

## LA NOCHE LÍQUIDA



Editorial Páginas de Espuma  
+34 91 522 72 51 || [prensa@paginasdeespuma.com](mailto:prensa@paginasdeespuma.com)  
Información: [www.paginasdeespuma.com](http://www.paginasdeespuma.com)



## Biografía

**Miguel Garrido de Vega** (O Barco de Valdeorras, 1989) es escritor y abogado. Ha sido finalista del Premio Nadal 2025. Colabora habitualmente con la revista literaria *Zenda*, la revista cultural *El Asombrario*, la revista sobre cultura japonesa *Kaibun* y la revista sobre el mundo del haiku *Hotaru*, entre otros medios. Su primera novela, *Meigallo* (2017), resultó finalista en los Premios Ignotus 2018. Sus relatos se han publicado en editoriales como Salto de Página, Eolas u Orciny Press, y también por la Escuela de Imaginadores; han sido seleccionados por Pórtico-AEFCFT entre lo más destacado del género escrito en España entre 2015 y 2018, y han sido premiados por el Ayuntamiento de Ferrol, Bibliotecas Públicas de Madrid o Eurostars Hoteles, entre otros. Sus haikus han sido premiados e incluidos en antologías colectivas, codirige *\*terror añadido* —un pódcast sobre el mundo laboral, la salud mental y otros terrores cotidianos—, colabora con el pódcast literario *Noviembre Nocturno*, coordina clubes de lectura y es profesor de escritura creativa. *La noche líquida* (2026) es su primer libro de relatos.

## Entrevista

**Un primer libro en el género del cuento. Háganos una introducción de su acercamiento a la narrativa breve, a sus convicciones y sus búsquedas. Sus raíces y sus escrituras.**

La narrativa breve siempre ha estado ahí. Mi madre, que era artista, me leía relatos de género y creaba personajes y pequeñas historias para casi cualquier cosa. Nos enseñó que la imaginación era casa, terreno seguro. Ahondé en el terror clásico en los libros de mi padre. Y empecé a escribir cuentos pronto. También está la cuestión identitaria del yo, el orientalismo y la espiritualidad; sobre todo, en Hermann Hesse, al que descubrí muy joven. Años más tarde, fue Carver quien me causó un auténtico impacto, el escritor que más fuertemente me ha vapuleado con un cuento. Estén más o menos presentes en mi escritura, me interesan mucho Kafka, Le Guin, Tanizaki, Dazai, Garro, K. Dick, Bradbury, Cheever... y hay una buena cantidad de nombres actuales a los que admiro, como Anna Starobinets, Fernanda Melchor o Lorrie Moore. En castellano, creo que son imprescindibles Samanta Schweblin, Mónica Ojeda, Pilar Adón, Mariana Enríquez, Jon Bilbao, Juan Jacinto Muñoz-Rengel, Sara Mesa o Carlos Castán, entre otros.

Para mí, el cuento vive un momento excepcional a nivel creativo. Me resulta paradójico que, en un tiempo como el nuestro —fragmentario, líquido en el sentido de Bauman, cada vez más desubicado y sobreestimulado—, no tenga mucha más pegada comercial, y no solo por lo asequible. Pero quizás ese momento esté por llegar. Porque el relato es potencia. Todas las posibilidades en un espacio muy corto. Estirar la mano hacia el infinito, lo toquemos o no. Contar habla de nosotros más que ninguna otra actividad. Supongo que por eso me enamora.

A partir de ahí, convicciones, pocas o ninguna. Búsquedas, todas.

**Su propuesta desarrolla un concepto de realidad que empuja al lector a elegir si se mueve en una realidad distorsionada o en una realidad natural. ¿Se encuentra cómodo en esta escritura de lo insólito?**

Sí, desde el momento en que la memoria es falible —y las expectativas, los miedos y el condicionamiento tienen más peso en nuestro cerebro que la razón, o que lo puramente material—, escribir lo insólito es la forma más honesta de crear. Al menos, la mejor que conozco. No soy muy de máximas, pero creo que no hay nada puro. Por más que nos quieran vender lo contrario. Hechos y recuerdos se influyen sin que nos demos cuenta, las personas se mezclan, las versiones cambian de la noche a la mañana y, por suerte, todo se contamina mutuamente. También lo que llamamos realidad, que tanto insistimos en separar de la ficción.

**Y pese a esta naturaleza de lo inusual, en ocasiones tampoco rehúye acercarse al terror.**

Estar vivo es maravilloso, sin duda. Y es terrorífico. Me da miedo lo que desconozco, también lo que conozco. Los demás dan miedo. Yo mismo me doy miedo. El avance

frenético de la tecnología, la deshumanización de la política, el discurso del odio, trabajos alienantes, perder esos trabajos, tener hijos, no tenerlos, envejecer, la enfermedad, la soledad, la muerte. El miedo es una emoción muy, muy poderosa. Nos pasamos buena parte de nuestras vidas sintiéndolo. Lo admitamos o no. Y, si no lo admitimos, sino aprendemos a mirarle de frente, lo abrazamos, incluso bromeamos con él, nos acaba pasando factura. Escribió Akutagawa que hay oscuridades donde no llega ninguna luz. Por eso, en mis textos, sea desde el ángulo de la inquietud o confrontando directamente el trauma, suele haber alguna conexión con el terror.

**Podríamos detenernos en la profundidad de los personajes, muy bien armados y con una psicología trabajada. ¿Podemos afirmar que escribe “cuentos de personaje”?**

Me interesa sumergirme en las motivaciones profundas de las personas. En nuestras aristas y contradicciones. Por qué hacemos lo que hacemos. Por qué somos capaces de lo más espantoso y también de crear belleza. Si hay o no alternativa, y si esa alternativa depende de nuestras acciones o está más predeterminada de lo que pensamos. Puede parecer que el cuento, por extensión y características, lo tiene más difícil que la novela para explorar la psicología humana. No estoy del todo de acuerdo. En literatura, con más frecuencia de la que pensamos, no hace falta una ráfaga de ideas: una sola flecha, tensada con paciencia y apuntando al lugar exacto, es más que suficiente.

**Hay un eje líquido en los cuentos. Los personajes se licúan, o están rodeados de agua, o la cercanía del agua puede suponer el final. ¿Busca con ello un vínculo que los cuentos convivan?**

En *La noche líquida* los personajes a menudo sienten que la vida se les escapa entre los dedos, como cuando intentamos hacer un cuenco para beber con las manos. Por más fuerte que apretamos, el agua terminará escurriéndose y cayendo a la tierra. Me fascina esa capacidad para autoengañarnos y seguir adelante. El agua es un símbolo natural, claro; está ahí, nos da la vida. Es lo que somos y nos sentimos atraídos por ella. Pero la falta de agua nos causa sed; el exceso, nos reblandece. Y en los océanos, cuando el líquido es tanto, tan oscuro y pesado que nos reduce a motas minúsculas, nos perdemos.

**No pasa desapercibida una paternidad por venir, por cambiar el curso de los acontecimientos. ¿Qué presente ha tenido esta realidad transformadora?**

Más allá de mi propia paternidad —que, cuando escribí estos relatos, todavía no se había materializado—, supongo que el motor ha sido la angustia. En particular, la que nace con la posibilidad del cambio. Lo que está por venir y no conocemos, pero sobrevuela las alturas. Aquello que, si sucede, puede transformarlo todo, que nos interpela a un nivel profundo y nos redefine. Tener un hijo es la forma más clara de transformarse, sí, y un campo de pruebas casi infinito. Pero no es la única: dejar un trabajo, elegir un camino, apostar por unas personas o por otras, puede también alumbrar nuevas versiones de uno mismo.